

lacio y conducirlos al Rhin. Queriendo facilitar la operación, descartaron á la Princesa Real y á la Princesa Isabel. Y pensaron en trasportar los dos Reyes y á su hijo varón á las costas para que pudieran ir embarcados con mayor seguridad allende las fronteras francesas; ó conducirlos, custodiados de bandas contrabandistas, nunca por lado alguno alcanzados de los carabineros, y fáciles, por lo mismo, á burlar toda vigilancia y romper toda persecución; yendo de cotos en cotos desiertos, sin tocar en poblado. Al mismo tiempo que llegaban estas proposiciones por medio de Fersen, llegaban otras por medio de Crawford. El Rey de Inglaterra, sin pedir consejo de su ministerio, ni aun oírlo y consultarlo, proponía otra evasión. Pero hay propósitos que no necesitan descubridores, suelen ellos mismos delatarse. Hay planes misteriosos que se adivinan por el instinto colectivo de conservación, á las sociedades humanas congénito. La prensa comenzó á esparcir sospechas con sus rumores á la hora misma en que los conjurados esbozaban el plan. La municipalidad parisién, presidida por el exaltado Pétion, doblaba ó triplicaba las guardias. El mismo Congreso Nacional pedía más gente armada para su custodia. Y no hay que decir cómo hablarían los clubs cuando no se departía y dialogaba de ningún otro asunto en las tertulias. Y entre tanta efervescencia llegaba de incógnito y disfrazado hasta París, para organizar la nueva fuga, el mismo que organizara la fuga de Verennes, el caballero Fersen:

Valor había menester seguramente para intentar un viaje de mil dificultades erizado á la hora misma en que despertaba el sentimiento público de su larga confianza última en los Reyes, y corrían por todas partes rumores de disparatadas evasiones, á los cuales por su propio bien, la corte no debía dar pábulo. Aunque hay mil incidentes románticos en el desarrollo de la revolución francesa, los disfraces de Fersen y las aventuras de Fersen resultan como argumentos y materia, no de historia, de novela. Con decir que organizó la fuga de Varennes, como arriba recordáramos, y que fué de cochero en la nefasta berlina, donde apresaron al Rey los patriotas, está dicha todo. No se podía vigilancia tan extensa, como la vigilancia de todo un pueblo, burlar, sino por temeridades inverosímiles, propias de cualquier libro caballeresco y de cualquier histórico romance. La marcha de Fersen desde Bruselas á París está entre las incidencias más románticas del período revolucionario y el valor de Fersen, á su vez entre las temeridades más probadas. Sus antecedentes sabidos, y los recelos de la política revolucionaria, después del antiguo disfraz que había revestido y del antiguo drama que había hecho, le delataban de reo del constante conato palaciego á las evasiones regias, cuya realización llevaba consigo aparejadas las invasiones extranjeras. Corrió peligro en la primera evasión su cabeza y la cabeza de los Reyes; igual peligro corrían en esta segunda evasión. Pero nada le desconcertaba, y de nada se retraía. Con disfraz perdió, pues á ver si ganaba sin disfraz. Tal era su intento. En una silla de postas, con su traje habitual, y sin toque ninguno á caballo y cara, el gentil-hombre sañío de Bélgi-

ca, por un doméstico acompañado, tan apuesto y compuesto, que parecía un compañero. Artificiosa peluca de quita y pon llevaba, sólo como reserva para un caso apuradísimo, y, por señuelo de cazar espías cándidos, un pasaporte belga para Portugal, que ponía en el señalamiento de oficio: «Correos diplomáticos.» Nadie sospechó cosa ninguna. El desperfecto de una rueda y la detención de una hora no llevaron inconvenientes graves á su detención forzada. El trece de Octubre del noventa y uno había llegado á París sin molestia, y el catorce presentándose á la Reina con devoción. La entrevista entre dama y caballero, en cuyas relaciones intervenía una especie de amor puramente platónico, cercano al culto del devoto á su imagen milagrosa y sin mezcla de afecto alguno terrestre, tuvo un trágico aspecto, por lo vivo del recuerdo de la precedente fuga, y por lo visible de las horrorosas consecuencias. A poco de la conversación entre Reina y caballero, el Rey entró, echándose con efusión en los brazos de aquel hombre, cuya lealtad lo salvara para siempre, de no haberse la nefasta estrella del pobre y desgraciado Monarca opuesto á su salvación, bien apercibida por Fersen. Sorpresa en el pueblo maldito, estancia en la mercería triste, denuestos de unos á los Reyes y aclamaciones de otros, las vías de amarguras conducentes á la dura cautividad, los insultos del suelo parisién, los desacatos de la Milicia Nacional; el acto de aceptación de un Código, rechazado por sus regias conciencias; el terrible momento de la jura en que viéndose de pie Luis, y viendo sentado al presidente, se creyó en el destronamiento; la inexperta Legislativa, más republicana que la Constituyente; los despegos de la emigración unidos á las amenazas de los jacobinos; todo pasó en aquella conversación de cuyos incidentes resultó que no querían los Reyes la fuga sin la seguridad absoluta de lograrla y deseaban la intervención en cuanto no comprometiera sus cabezas. Pero, ¿cómo poder dar esta seguridad? Y, ¿cómo impedir que, amenazado el pueblo francés por un ejército extranjero, dejara de revolverse contra la devastadora invasión y contra sus infames cómplices? El Rey, para satisfacer un poco á quien había con mucho heroísmo arriesgado cien veces la vida por salvarlo, prometió requerir del Congreso la necesaria libertad, pidiéndole autorización para irse muy lejos, aunque dentro de Francia, con ánimo resuelto á preservar su regia sanción de los decretos parlamentarios y de las leyes francesas á las grandes presiones del pueblo y á las numerosas intrigas del Congreso. Si esta demanda de la realeza constitucional á su Cámara Legislativa no allanaba el deseado logro, aceptaría el Rey la fuga por los mares y por los bosques, abriendo después la mano para verter sobre Francia la cólera divina con la invasión extranjera. Mas, en el momento de aquella conversación, divulgado el proyecto, despierta la nación, el club soberano durmiendo en un pie, airado el Congreso, las guardias en aumento y los fieles en disminución, roto el acuerdo subsiguiente á la jura, el Municipio puesto por los electores monárquicos, á instancia de los Reyes, en manos del partido dantonista, no podía intentarse la fuga, pues aparecía patente la inminencia de una irreparable catástrofe.

Fersen pudo tener dos entrevistas con los Reyes, no más, pues toda frecuencia de tales actos los exponía sin remedio á todos de manera que les iba en el terrible descubrimiento la cabeza, creciendo el riesgo en lo bajo á medida que crecía en lo alto la pérfida conjuración reaccionaria. El club jacobino aparecía muy vigilante y poderoso, sin ser singular, pues existían otros muchos, no de tanta influencia por su tradición, pero de mayor calibre por sus ideas. Y entre todos estos descollaba el club de los franciscanos, porque allí reía Camilo como un Aristófanes, tronaba Danton como un tribuno, y maullaba Marat como un tigre. Este club, de carácter patriota y republicano, tomaba muchos vuelos, en el momento mismo en que tomaba muchos vuelos también la conspiración palaciega y manárguica. Barnave no supo conservar la sangre fría necesaria entre los volcánicos ardores del período revolucionario, perdiendo la cabeza y el seso hasta coincidir en opiniones sobre la irrupción con los emigrados de la derecha, y mientras tanto el elemento democrático se aprovechaba del perjurio de los constitucionales para impeler el Estado á la República y el poder á los republicanos. Y el representante de la transcendental política parlamentaria, mantenida por madame Staël, pasaba del gobierno al salón de su conspiradora, malquerido entonces del Palacio, y no menos malquerido del pueblo. Naturalmente, mientras Narbonne había subido con la esperanza de conjurar la emigración por su ascendiente sobre los emigrados, no lo había conseguido; Banave, Lameth, Ducros, el trinvirato constitucional, se perdía y enfangaba en la política de los emigrados. Y á medida que los Reyes más conspiraban á una con los constitucionales por la emigración y sus planes, los revolucionarios más hurgaban á la emigración, y la zaherían, poniendo en calzas prietas los príncipes sus protectores. Y la tensión de los ánimos debía romper en alguna suprema catástrofe, porque la política es una continua conciliación entre contrarios, y no existía en aquel momento y en aquel pueblo ninguna posible conciliación entre patriotas y emigrados, entre Cámara y Realeza. Por lo contrario, la corte hacía todo lo posible para disgustar al Parlamento, y el Parlamento, por su parte, hacía también todo lo posible para disgustar al Rey. Si daba un decreto aquél, si oponía éste su veto, ú oponía su resistencia, peor que su veto, dejando baldío todo cuanto se intentaba en la realidad por fuerza y cuanto se decretaba en el Congreso por convicción. El poder legislativo está incapacitado para todo cuanto el poder ejecutivo no ejecuta las leyes. Todos los decretos libertadores quedaban sin efecto. Y el Congreso creía suplir á esta falta de los efectos con la multiplicidad de sus disposiciones. Todo decreto libertador, defensivo de las públicas libertades y ofensivo á la emigración traidora, quedaba sin efecto. Cómo se cumplía el relativo á los pasaportes, decíalo bien alto el paso de Fersen por sus redes, y cómo estaban de vigiladas las Tullerías, el coloquio de la Reina con este su amigo, y con el amigo de Catalina II. Menudeaban, pues, los debates sobre la emigración, y con los debates menudeaban á su vez contra la emigración los decretos. Y durante todos estos debates encrespábanse los ánimos, porque

los mismos problemas debatidos en el Congreso con elevación, se debatían en el club con apasionamiento, y tras tales debates, como se patentizaba de continuo la complicidad del Rey con la emigración que podría generar una invasión, resultaba un divorcio inevitable ya entre la monarquía y el pueblo. La República debía venir de modo prematuro, y cual todo lo prematuro, ser violenta, pero el Rey la fundaba y construía en base tan sólida como el sentimiento nacional.

Este asunto de la emigración perdía á los Reyes hasta en ánimos tan serenos como el ánimo de Vergniaud, orador tan ordenado y regular y armonioso cual Mirabeau había sido de irregular, desordenado y sublime. Sin ser tan conceptuoso como Pericles, entre todos los oradores franceses, para mí, es quien en más á Pericles se aproxima y asemeja. No se diría que pertenece á una democracia combatiente; diríase que pertenece á una democracia tan triunfante. Ningún político se acuerda de la estética en aquella borrasca; Vergniaud habla en los escalones de la tribuna que se parecen á los escalones de la Agor, del influjo educador ejercido en la estética sobre los espíritus, siempre serenados y esclarecidos por el poder de las bellas artes y de las bellas letras, por el poder de lo hermoso, casi divino en el Universo y en el Arte, como que flotan sus eternos arquetipos en los senos de Dios. Su primera oración fué la oración sobre los emigrados que aun permanece como la más próxima entre todas las oraciones modernas á la puesta por Tucidydes en labios de Pericles por los soldados muertos en defensa de Atenas y en contra de España. ¡Con qué admirable acierto alía Vergniaud el sentimiento humano por las víctimas de todos los conflictos civiles, guerras ó revoluciones, con el horror á las intrigas cortesanas y á las conjuraciones palaciegas de aquella emigración! Vergniaud no improvisó este discurso temiendo que la vehemencia y abundancia de su palabra le traicionara el corazón. Preparólo de antiguo, escribiólo con arte, decorólo de memoria y con exactitud; y lo dijo con esa naturalidad sencilla que sólo alcanzan los hombres elocuentes cuando son por el estudio y por el arte consumados actores. Lo inspirado se halla con más facilidad en las arengas improvisadas que en las arengas aprendidas; lo perfecto, más en las arengas aprendidas que en las arengas improvisadas. El discurso de Vergniaud queda entre los modelos más perfectos, por lo mismo que pertenece á los discursos más estudiados. Podemos hoy mismo leerlo, y á pesar del tiempo transcurrido, á pesar del problema tratado, á pesar de los abismos que separan lo historiado de lo vívido, aún fija la inquietud natural de nuestro ánimo en sus párrafos elocuentes y armónicos como si lo estuviéramos oyendo.

La primera cuestión, á sus ojos levantada, es la cuestión del enlace necesario entre los derechos naturales del hombre á su libertad y los derechos políticos del Estado á su defensa. Si por miedo á vulnerar el derecho natural en una sociedad libérrima, como la francesa entonces, no cabe salvar con defensas y combates justos el derecho positivo de atentados y ofensas graves, la libertad se revuelve contra la libertad misma, y al orden

concertado de las esferas sociales, reemplaza el desorden de las calles y el desorden de los ánimos, generando, á la postre, anarquía tremenda, subseguido de ignominiosa dictadura. Vergniaud no quería suscitar vanos terrores, de cuya influencia encontrábase desasido y libre, porque aquellos facciosos, tan insolentes como ridículos, que se condenaban á sí mismos, llamándose la Francia exterior; aquellos peregrinos, expulsados por su propia voluntad y albedrío, del suelo patrio, infligiéndose á sí mismos una terrible pena y aumentando fuera la miseria de sus coasociados con la propia miseria; el dinero vertido á torrentes por la Emperatriz Catalina y por el patriciado célebre holandés, disipándose como vapores de orgiásticas copas en festines de ilusorias esperanzas; harían que bien pronto los escapados del país de la igualdad á los países del privilegio, se cansasen de ser ilustres mendigos y de pedir limosna en los palacios á potentados avarientos, expiando en el deshonor y en el hambre los crímenes de su orgullo, hasta el día en que volvieran sus ojos humedecidos de lágrimas al suelo patrio en muestra de arrepentimiento y en demanda de perdón. Pero si la rabia les mantuviese impenitentes y rebelados, sin alcanzar ni aun el auxilio de las potencias extranjeras y se precipitaran en armas sobre Francia en libertad aparecían como los miserables pigmeos que osaron escalar el cielo. Tranquilo ante las amenazas de fuera, Vergniaud se muestra intranquilo ante la conspiración de dentro, y con el gesto y con el ademán delata todo aquello que no puede asegurar el Verbo. Y afirma que la conjuración existe, y no se necesita en pro de tal afirmación aducir pruebas, ni hay que desecharlas, cuando tantas catástrofes costaría tenerlas. La revolución está hecha; pero no deshecha la reacción. El embarazo en los negocios públicos; las amenazas de otra bancarrota cercana; el conflicto diario entre las fuerzas regulares y los motines absolutistas; el cordón sanitario de imbéciles emigrados para del mundo aislar á Francia y aislar al mundo de Francia; la presencia de los palaciegos en Coblenza y de los emigrados en Tullerías; el juramento de un Rey que ha prometido conservar la Constitución y el juramento de los cortesanos que han prometido destruirla, enseñan á una cuántos peligros amenazan al derecho humano y cuántas redes se tienden al vuelo de la libertad. Tras estos alardes valerosos y brillantes de verdadera elocuencia parlamentaria encareciendo los males presentes, Vergniaud vuelve vista y pensamiento al remedio necesario. Así propone secuestro de bienes á los emigrados é intimación á su jefe á Provenza, de volver al seno de la patria francesa. En concepto de Vergniaud el Rey tenía dos medios de poder incontrastables sobre los príncipes emigrados; su carácter de Monarca y jefe primero, después su consejo de amoroso hermano. Si tras la orden y consejo permanecen indiferentes en la frontera, mostrarán ser tan malos franceses como pésimos parientes, y se confesarán reos del delito de atentado al Rey constitucional para destruir la Constitución misma. Y dirigiéndose á Luis XVI, como para desagraviarlo de sus sospechas, le dice que rechace á los príncipes y busque solícito en el amor de su pueblo la compensación al desamor de su familia.

El proyecto contra la emigración estaba redactado por Condorcet y era pálido; el discurso de Vergniaud comprendía solamente á los príncipes en sus acusaciones y concluía tendiendo al naufrago Rey un asidero de salvación. Quien indignó al Congreso contra la emigración y deshizo todas las tergiversaciones de Condorcet, fué Isnard. Rico de la vida de riqueza industrial, procuróle, tal desahogo, tiempo de vagar en los asuntos de la vida, consagrándose así al cuidadoso cultivo de la ciencia. Por la vía de los estudios concienzudos, llegó al seno de la revolución francesa. Durante los Estados Generales la deseó, deseó esta revolución; tras los Estados Generales la sirvió, hasta el día de los supremos desencuentros y de los tardíos arrepentimientos. Su complexión puramente sanguínea, su robusta salud, su gana de comer insaciable, su músculo de una fuerza indecible, su voz de tonante sonoridad, le daban fuerza para combatir en el estudio de la elocuencia, tan difícil, y segurísimos medios de triunfo. Este hombre, muy hercúleo, se comía él solo un pavo con trufas y se bebía una garrapiñera de horchata en Frascati. Colérico sin hiel y por lo tanto sin perseverancia en sus cóleras; antes hombre de palabra que hombre de acción, como ahora decimos; honrado en su vida é inconsistente así en sus ideas como en sus odios; brusco para cambiar de repente, y sin embargo sincero en sus cambios; voluble y sin peso; un día olvidando lo dicho el anterior y malherido, porque sus enemigos no eran desmemoriados como él y le redargüían las opiniones presentes con las opiniones anteriores; atribuyendo á voces internas las apostasias en su vida externa y no á propia veleidad congénita con su naturaleza; gárrulo hasta degenerar en charlatán, y vario hasta no posarse jamás en ninguna doctrina; con culto verdadero quería la santa libertad y la sustentaba con verdadero ardor. Su elocuencia resultaba un término medio entre los desórdenes de Mirabeau y los arreglos de Vergniaud. Que arreglaba y componía de antemano los discursos, no cabe duda. La grande arenga, pronunciada en el Congreso acerca de la cuestión del clero, había sido leída la noche anterior en el club. Cuando la dijo, todos admiraron su naturalidad y todos la creyeron una improvisación. Así aprendía de coro y recitaba de corrido sus arengas, acompañadas por interrupciones del momento, y por intervalos de improvisación que le daban el carácter de una espontaneidad no reñida con la verdadera perfección. Las emociones le dominaban más que los raciocinios. Importábale poco las consecuencias de sus discursos con tal que patentizaran sus afectos y desahogasen su corazón. Le gustaba sonar las cuerdas que persuaden á las acciones y no los raciocinios que aportaban el convencimiento. La primera oración de su vida quedará en el discurso acerca de la emigración. Condorcet había hecho una ley transigente; Vergniaud había sentido inspiraciones de humanidad; él se inspiró en la justicia y así venció todas las resistencias y arrastró todos los argumentos que se oponían á un acto de saludable severidad. Nada muestra el poder de la elocuencia, como la repulsión que suele inspirar un orador no conocido, y un discurso no esperado, luego impuestos uno y otro al auditorio iudócil por los magnetis-